

Charlie Feelwood

Escuela Trunchem presenta...

UN DELEGADO INCREÍBLE

Ilustraciones
de
Pere
Cabaret



DESTINO

UN DELEGADO INCREÍBLE

Charlie Feelwood

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Adela Pérez Lladó, 2015

© de las ilustraciones de cubierta e interior: Pere Cabaret, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-08-14143-3

Depósito legal: B. 7.313-2015

Fotocomposición: Infillibres

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Botón de acelga

Cal miró a *Tofu*.

Tofu miró a Cal.

Tofu tenía algo pequeño y verde en la boca. Cal no pudo ver de qué se trataba porque, en ese preciso instante, *Tofu* lo engulló.

Justo antes de que la garganta de *Tofu* hiciera ¡GLUPS!, se oyó el sonido metálico de esa cosa pequeña y verde al chocar con sus dientes, y de inmediato Cal comprendió de qué se trataba. Sobre todo porque a sus pies había un traje arrugado. El traje del Comandante Acelga.

Cal y *Tofu* se miraron, y sus miradas decían: tenemos un problema.

Desde luego que lo tenían, y de los gordos.

Pero esperad un momento, queridos lectores. Dejad que os aclare que *Tofu* era el perro de Cal, y Cal era el humano de *Tofu*. Eran compañeros de piso, dueño y mascota, amigos. Eran todo eso... y mucho más. Tenían una relación muy especial, aunque dicho así pueda parecer un poco cursi. Lo compartían todo: las alegrías y las penas.

Pero ahora no es momento de que os cuente lo mucho que se querían Cal y *Tofu*. Primero debo explicaros cuál era el problema al que se enfrentaban.

Ya os he dicho que era un problema gordo.

En la vida de Cal solía haber todo tipo de problemas y dificultades, así que tenía una gran experiencia en ese campo. Como era un niño solitario, tenía la manía de pensar sobre cualquier cosa, y había hecho su propia clasificación de los problemas.

Por un lado, estaban los problemas pequeños y

relativamente fáciles de superar, como aquella vez que estaba practicando un tiro especial con su canica preferida y salió disparada hacia el techo, cayó en picado a gran velocidad, rebotó en el lavamanos y de ahí fue directa al retrete. La tapa, como de costumbre, no estaba bajada. Cal intentó recuperar su canica preferida metiendo la mano ya sabéis dónde, pero después de mucho hurgar solo sacó una llave oxidada. Aunque no sabía de qué cerrojo podía ser, era una llave realmente bonita, y después de secarla la guardó debajo del colchón, donde escondía sus tesoros.

Luego estaban los problemillas, de consecuencias no especialmente agradables pero tampoco traumáticas. Como cuando tropezó y volcó la sopa caliente encima de la abuelita.



Un delegado increíble

—¡Eres tan inútil como tu padre! —le gritó la abuelita toda empapada en sopa y con algunos fideos colgándole de las orejas y la nariz. Se enfadó muchísimo con Cal porque la sopa de fideos era su preferida y ya no quedaba más. Al niño le pareció

bastante injusto porque, al fin y

al cabo, él solo quería ayudar, y la sopera era tres veces más grande que su propia cabeza (Cal siempre había sido un niño bajito y debilucho).

La abuelita no los volvió a invitar nunca más, porque

casualmente se murió poco

después del incidente con la sopa. Cal estaba seguro de que lo había hecho adrede, para que cuando pensaran en ella, ni él ni su padre pudieran olvidar que Cal, además de poca cosa, era un patoso de tomo y lomo capaz de bañar a su abuelita en sopa.



En la clasificación de Cal, después de los proble-millas venían los problemas de tamaño considera-ble, como cuando *Tofu* royó completamente una pata de la butaca preferida del papá de Cal. Lo hizo mientras el papá de Cal estudiaba las canciones que tenía que cantar en su programa de televisión. Por suerte, el papá de Cal estaba muy concentrado, y aunque se quedó un rato torcido no se dio cuenta, pero Cal sabía que, en cuanto se hubiera aprendido la letra de la canción, notaría que todo su lado de-recho colgaba: el bigote derecho, la oreja derecha, el moflete derecho y un mechón de cabello en el lado derecho de su cabeza. Cal era rápido de reflejos y preparó una pata de repuesto con plastilina y mo-cos (como era invierno y estaba resfriado, tenía mu-chos), y luego se pasó un buen rato soplando para que se secara rápidamente y su padre no notara nada raro. Y ahí sigue la pata de plastilina y mocos, por lo que yo sé.

Y por último estaban los problemas gordos. Los

Un delegado increíble

reyes de los problemas. De consecuencias incalculables. De efectos devastadores. De resultados ruinosos y demoledores (si os preguntáis, queridos lectores, por qué uso tantas palabras distintas para expresar lo mismo, es porque a Cal le gustaba mu-



cho usar sinónimos, era una de sus manías de niño solitario).

Cal y *Tofu* tenían uno de esos problemas.

Y el problema tenía forma de botón.

Y el botón tenía forma de acelga.

Tal vez os parezca raro: un botón en forma de acelga. Pero seguro que os parecerá menos raro si os digo que era un botón de acelga del uniforme del Comandante Acelga. Eso ya tiene más sentido, ¿verdad?

El propietario de ese disfraz era el papá de Cal. El papá de Cal era actor, y hacía muchos años que interpretaba un solo papel: el del Comandante Acelga. Cada tarde salía en la televisión cantando canciones sobre la importancia de comer frutas y verduras y cosas igual de emocionantes (ahora mismo, queridos lectores, acabo de ser irónico: las canciones que cantaba el papá de Cal en televisión no eran nada emocionantes, sino todo lo contrario).

El pobre hombre llevaba tanto tiempo interpretando al Comandante Acelga que casi se había convertido en el Comandante Acelga y se había olvidado de ser el papá de Cal. Pero al menos había conseguido tener su propio programa de televisión, que como os habréis imaginado, se llamaba «La hora del Comandante Acelga».

Durante todos aquellos años había usado varios trajes, porque además de cantar, el Comandante Acelga bailaba y brincaba y terminaba destrozándolos. Hacía lo que fuera para divertir a los niños y convencerlos de que comer verduras es la monda. Por supuesto, no conseguía su propósito, pero eso no impedía que siguiera intentándolo.

Estas son las cosas absurdas que el Comandante Acelga hacía en su programa de televisión:

- Usar un pepino gigante a modo de tobogán.
- Escalar una piña del tamaño de una casa de dos plantas.

- Remar sobre una tajada de melón, como si fuera un barco.
- Bañarse en la cáscara de media naranja gigante.

Ninguna de esas tonterías conseguía divertir a los niños que veían su programa de televisión, pero sí lograban que los trajes del Comandante Acelga terminaran destrozados, como es lógico. Y cada cierto tiempo el equipo de vestuario tenía que hacerle un traje nuevo. Todos eran iguales: verdes, con pequeñas acelgas estampadas o cosidas y otros detalles relacionados con el tema del programa: la fruta y la verdura.

En vez de galones, el traje del Comandante Acelga llevaba racimos de uvas, judías ensartadas, ramilletes de brócoli y coliflor. El gorro estaba hecho con media sandía del revés, y el cinturón era una ristra de ajos. Todo de mentira, claro, pero bastante realista.

El papá de Cal guardaba el primero de esos tra-

Un delegado increíble

jes en su habitación, colgado al lado de su espejo. Siempre decía que ese traje le daba suerte, y cada noche lo acariciaba antes de acostarse para tener dulces y vitaminados sueños (así lo decía él). Por las mañanas, al levantarse, estampaba un beso en uno de los botones del traje. Seguramente habréis adivinado que aquellos botones tenían forma de acelga, ¿verdad?

Este es el aspecto que tenía el papá de Cal cuando besaba su traje de Comandante Acelga:



—¡Este traje tiene un valor incalculable! —decía el papá de Cal atusándose los bigotes. Porque el papá de Cal tenía unos bigotes largos, delgados y ligeramente curvados hacia arriba, que le daban un aspecto ligeramente antiguo y ligeramente ridículo, pero solo ligeramente.

Volvamos al principio: Cal miraba a *Tofu*, y *Tofu* miraba a Cal (ya se había tragado el botón). Cal no podía entender cómo *Tofu* había conseguido bajar el traje, que colgaba de una percha. La percha colgaba de un clavo, y cuando Cal fue a la habitación de su padre vio que el clavo seguía en su sitio.

Tal vez *Tofu* había arrastrado el taburete del baño, se había encaramado a él de un brinco, se había puesto de pie sobre las patas traseras y con la boca había descolgado la percha. Pero eso no podía ser, porque *Tofu* era un perro muy pequeño y poca cosa, como su dueño. Hubiera necesitado dos taburetes para ponerlos uno encima del otro, y ni así.

O tal vez *Tofu* llevaba años practicando un triple salto mortal y en uno de sus entrenamientos calculó mal la distancia, chocó contra la percha e hizo caer el traje del Comandante Acelga. Aunque eso era bastante improbable, porque a *Tofu* no le gustaba en absoluto la gimnasia, como a su dueño.

Cal no podía saber exactamente lo que había ocurrido, porque había estado mucho rato sentado en el váter. Pero el caso es que el traje del Comandante Acelga estaba en el suelo, hecho un guiñapo, todo revuelto y pisoteado. Se notaba que *Tofu* se lo había pasado en grande jugando con él.

No hubiera sido tan grave si al traje no le faltara un botón. Un botón en forma de acelga.

—¡*Tofu*! ¿Qué ha pasado? —exclamó Cal abrazando a su mejor amigo. Era incapaz de regañarlo, porque sabía que su perro no tenía la culpa de lo que había ocurrido. Después de todo, por más listo que fuera, *Tofu* no podía saber lo importante

que era para el papá de Cal el primer traje de Comandante Acelga. Además, *Tofu* era un perro vegetariano (como el resto de la familia, es decir, Cal y su padre), y Cal estaba seguro de que eso era antinatural y que le provocaba mucho estrés al pobre *Tofu*. Y el estrés le daba ganas de roer cosas, especialmente cosas del Comandante Acelga. ¿Por qué? Pues porque el Comandante Acelga era el culpable de que *Tofu* fuera el único perro vegetariano del mundo. Y también era el culpable de que Cal fuese el único niño vegetariano de la escuela, aunque eso no viene al caso.

—Nos va a caer el castigo más grandioso, descomunal y gigantesco de todos los castigos posibles —dijo Cal con tristeza.

Por si aún no os habéis dado cuenta, para Cal era muy complicado ser el hijo del Comandante Acelga, y ese día lo iba a ser muchísimo más.

Se le ocurrieron varias ideas:

Un delegado increíble

1. Podía quemar el disfraz del Comandante Acelga.
2. Podía coser un botón cualquiera, pintarlo de verde y esperar que no se diera cuenta de la diferencia.
3. Podía huir con *Tofu* a una isla desierta.

Cal era un chico listo, así que enseguida se dio cuenta de que no podía poner en práctica sus ideas, porque:

1. Las llamas serían difíciles de controlar, ya que el disfraz del Comandante Acelga estaba hecho con material plástico altamente inflamable. Si originaba un incendio, se sentiría terriblemente culpable. Él no quería hacer daño a nadie.
2. No sabía coser, las manualidades se le daban fatal, y su padre captaría en media milésima de segundo que el botón de acelga del disfraz

del Comandante Acelga era una falsificación.

3. Era una pena, pero no tenía la dirección de ninguna isla desierta.

Así que a Cal solo le quedaba una opción: la técnica del avestruz. Los avestruces son famosos por esconder la cabeza debajo del ala. Eso es porque tienen una cabeza pequeña y unas alas grandes, por supuesto. Cal tenía una cabeza mediana, lo cual no habría sido un problema en el caso de que hubiera tenido alas. Pero no las tenía.

Esta es la pinta que tendría Cal si hubiera tenido alas de avestruz.

Una pinta un poco rara, ¿verdad? Era una suerte que no tuviera alas, porque ir al colegio hubiera



sido todavía peor de lo que ya era. Después de pensar un rato, Cal decidió que la técnica del avestruz era bastante apropiada para aquel problema. Escondería la cabeza y disimularía, pero al mismo tiempo haría todo cuanto estuviera en su mano para retrasar al máximo las terribles consecuencias de aquel problema gordo al que *Tofu* y él se enfrentaban.

Aunque, bien pensado, su mano era bastante pequeña.